

Formación de un crítico literario para enfrentarse al estudio de la Literatura Universal. Entrevista a Carlos Francisco Monge

Jesús Miguel Delgado Del Aguila
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Perú

Presentación

Carlos Francisco Monge¹ es miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua. Es doctor en Filología Española por la Universidad de Madrid. Ha dictado cursos de Lengua y Literatura en la Universidad Nacional de Costa Rica. Ha participado en congresos, encuentros y simposios, en los que ha desarrollado la crítica literaria orientada a la filología hispánica y costarricense. Es ensayista y poeta. Su producción artística ha sido traducida a varios idiomas. Entre sus publicaciones, se encuentran *Población del asombro* (1975), *Reino del latido* (1978), *Los fértiles horarios* (1983), *La imagen separada* (1984), *La tinta extinta* (1990), *La rama de fresno* (1999), *Enigmas de la imperfección* (2002), *El vanguardismo literario en Costa Rica* (2005), *Fábula umbria* (2009), *Territorios y figuraciones* (2009), *Oración verde* (2013), *Nada de todo aquello* (2017) y *Cuadernos a la intemperie* (2018). Asimismo, ha obtenido el Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría”.

El motivo de hacerle esta entrevista fue debido a que Carlos Francisco Monge cuenta con una preparación completa en cuanto a Literatura universal y, en rigor, a Literatura española. Su formación y sus publicaciones han sido buenos referentes para que el académico sea la persona propicia para emprender el difícil reto de abarcar a autores clásicos como Miguel de Cervantes, Dante o Shakespeare. De igual modo, asumí que el hecho de que el intelectual subyaciera a la Academia Costarricense de la Lengua haría que el resultado de este trabajo fuera más convincente y fructuoso, puesto que para tratar estos tópicos enjundiosos de la Literatura es ineludible que un especialista posea el conocimiento necesario para saber abordarlos.

¹ El breve currículo que se introduce en el primer párrafo de la “Presentación” se extrajo en parte de la información publicada en la página web de la Asociación de Academias de la Lengua Española (2026). A su vez, Carlos Francisco Monge contribuyó a realizar algunas precisiones en torno a su contenido.

Previamente, hubo una coordinación con Carlos Francisco Monge a través del correo, quien aceptó a contribuir a este proyecto con mucha amabilidad. La grabación original de la entrevista se hizo el 12 de julio de 2021. Actualmente, el material audiovisual se puede hallar en YouTube. Y, para esta ocasión, será la primera vez en la que el contenido va a ser valorado desde la escritura.

Las preguntas que se formularon en esta conversación estaban orientadas a erigir un balance de la participación y la experiencia que han tenido el crítico, el lector o el especialista de la Literatura universal. Con la vasta trayectoria del entrevistado, se consiguió auscultar con mayor claridad el panorama que dejan los estudios literarios con el avance de lo virtual, lo informático y lo tecnológico, como también permitió que cada uno llegue a percatarse de que muchas veces habrá que tener discernimiento y criterio para poder diferenciar qué tipo de publicación literaria se está mostrando en el mercado o el circuito editorial.

Entrevista

Usted realizó distintas investigaciones de filología española. Frente a ello, ¿por qué considera que sea importante estudiarla?

Carlos Francisco Monge: En efecto, tu interrogante plantea muchas otras. Evidentemente, la Filología hasta hace muy poco tiempo había caído en una especie de desprestigio en el campo académico. Se creía que esta era un asunto nada más de pureza en el lenguaje, de hablar bien, de escribir muy bien y de tener algunos conocimientos básicos para poder ejercer la docencia; en el caso de mi país, la docencia en Letras, Castellano y Literatura en general. Sin embargo, la Filología es una disciplina —sino milenaria— que tiene muchos siglos de existencia. Y la moderna filología, que aparece a la mitad del siglo XIX, decantó hacia estudios específicos que tienen que ver con dos grandes áreas: la recuperación y la recomposición o la restauración de textos que por alguna razón se habían perdido o degradado. Eso es lo que podría entenderse como esta filología de oficio: la filología del filólogo clásico de ejercicio. Además, la Filología en nuestro tiempo está incluyendo principalmente estudios sobre textos literarios, aunque no excluye otros.

La Filología española ha sido un punto de referencia clave para la formación en los estudios de literaturas; especialmente, las literaturas hispánicas. Naturalmente, esa es una disciplina procedente de España, que a los hispanoamericanos nos ha venido muy bien. Hemos venido haciendo —hasta donde se ha podido— Filología a nuestro modo, pensando en dos aspectos: uno de ellos es en cómo ver las relaciones entre la Literatura peninsular y las Letras hispanoamericanas y otro de ellos es en hacer un estudio más profundo que rebasa la crítica literaria, la evaluación de la literatura o los comentarios para trabajar directamente sobre los textos. Eso nos permite a quienes ejercemos los estudios de la docencia en Literatura restablecer o recuperar una disciplina que había venido a menos. En mi caso particular, yo tengo mi formación en Filología española, en el sentido de la disciplina que se gestó y se desarrolló en España, a propósito de los textos españoles, y que quienes nos formamos en esto hemos procurado aplicarla al patrimonio literario y cultural de nuestros países; en mi caso específico, de mi país y de la región centroamericana.

Desde ese punto de vista, la Filología ya no se ve nada más como una carrera o un ejercicio laboral o docente, sino como un campo del saber que no solamente se tiene que conocer a fondo, sino que debe ampliarse y ser proyectado a otros espacios de la cultura letrada del patrimonio lingüístico en general. En eso, es en lo que he venido trabajando en mis años de ejercicio como docente.

Existen distintos reconocimientos que se han hecho al libro del Quijote. Es más, cuando este es comparado con obras literarias de escritores de larga trayectoria como Camilo José Cela, Gabriel García Márquez, Octavio Paz o Mario Vargas Llosa, el escritor Miguel de Cervantes termina imponiéndose. Frente a ello, ¿considera que algún texto podrá superarlo o el Quijote debe tomarse como una Literatura fundacional de la lengua española?

Carlos Francisco Monge: De las lenguas, es normal. Sobre ese aspecto, también hay que considerar dos grandes campos. Uno de ellos es cuando una obra tiene una historia extensísima, como es el caso del *Quijote*. Además, estamos hablando de hace más de cuatro siglos que se gestó y que la crítica literaria ha denominado a ese periodo el Siglo de Oro de la Literatura española. Ese es un aspecto. Entonces, hay un gran peso cultural, unos antecedentes tan fuertes, que son muy difíciles que se desprendan de un título de una obra como esta. Eso es,

por una parte. Por otra, lo que hay que analizar o tener muy en mente es si esa obra literaria corresponde o si es análoga a otras obras que hayan surgido antes o después. Por lo tanto, eso nos lleva a pensar en la forma. Es decir, nosotros comenzamos a pensar en si es que se pueden comparar obras.

Verás, si yo digo la premisa: “Ya ha habido obras mejores, parecidas o equivalentes al *Quijote*”, es más difícil demostrarla, porque para eso se necesita una trayectoria y una distancia histórica. Es muy difícil saber si una obra que se publicó ayer o hace un año va a ser tan importante, tan grande, tan fundamental y tan fundacional como el *Quijote*.

Cuando nosotros pensamos en el *Quijote*, hay que tener en mente las condiciones de la época o la situación histórica, cultural y política que vivía el reino de España —porque eso era, y creo que sigue siendo el reino de España—. Era un imperio en el siglo XVII. España estaba en la cumbre de su desarrollo cultural, político y hasta geoeconómico. Entonces, eso permite pensar en que su propia Literatura también alcanzó cotas muy altas. Cuando se habla de *Don Quijote de la Mancha*, se dice que no solamente es una novela importante, grande, entretenida, valiosa o lo que tú quieras pensar, sino también que es una novela que se ha reputado como la primera novela moderna en el desarrollo de la Literatura occidental, la primera novela moderna, la primera obra que marca los hitos y las características más importantes de lo que vendría después. Según las valoraciones establecidas por la crítica, la novela *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes se logró en condiciones en que la cultura le permitía que esta se convirtiera en un gran símbolo, en una gran alegoría de la cultura y la época —a lo mejor, sin que el autor mismo se percatara.

Un aspecto que yo menciono a mis estudiantes de la universidad de los primeros años de sus estudios y del que les hago hincapié es que no piensen que *Don Quijote de la Mancha* es nada más la historia de un hombre que estaba medio loco, que tomaba una serie de decisiones o que tenía un ayudante llamado Sancho que era alguien con desfachatez, como tontillo, limitado o que solo pensaba en comer. No, eso es muy básico y elemental, que sirve nada más como para entretener a los primeros lectores que no saben de esto. En realidad, va muchísimo más allá, porque en el *Quijote* lo que hay es una gran metáfora de la cultura, el desarrollo y la percepción que se tenía del ser humano occidental, europeo o español de la época. Entonces, ahí se despliegan centenares de temas.

Por otro lado, yo diría que no hay novelas posteriores a *Don Quijote de la Mancha* en la Literatura española. La historia no ha demostrado que haya obras que hayan captado esa visión global, entera e integral del ser humano en su historia, su cultura y sus expectativas de la manera como lo hizo Cervantes con el *Quijote*. Sí hay grandes novelas en España e Hispanoamérica que nacieron después del *Quijote* en los siglos XVIII, XIX y XX, pero que la crítica no ha llegado a afirmar que son ni siquiera emparentables. El *Quijote* está muy por encima. Eso es lo que se llama como las grandes obras de la Literatura universal, que hasta las mismas editoriales las ponen en sus títulos de sus colecciones. Por ejemplo, es lo que ocurre con la poesía de Francesco Petrarca, de Dante Alighieri, de la *Divina comedia*, del teatro de William Shakespeare, de Fiódor Dostoievski, de León Tolstoi y, por supuesto, de Miguel de Cervantes. En general, estas son grandes obras que se dan en pocos momentos de sendas culturas en las que se originan.

De allí en adelante, es cierto que hay grandes obras y novelas, incluidas las hispanoamericanas, pero que no son parangonables. En nuestro medio, nosotros sabemos de autores muy importantes del siglo XX hispanoamericano, de quienes siempre se habla. Son las voces más notables y más publicitadas. Alejo Carpentier es un inmenso novelista, al igual que Ernesto Sabato; recientemente, Gabriel García Márquez. Cortázar también es un autor que seguramente va a dar mucho que hablar en los próximos decenios y otros hispanoamericanos. Habrá otros que seguramente se van a quedar en el camino, pero ese ya no es un tema que viene al caso. Sin embargo, sí son autores importantes y valiosos. Se leen mucho, se venden mucho, se analizan mucho, pero no tanto como el *Quijote*.

Mira. Me han dicho por allí que las dos obras que se han leído más y que se han impreso más en la cultura occidental contemporánea son la Biblia y el *Quijote*. Con eso, te digo todo. Cervantes está muy por encima de Shakespeare, de Dante, de Balzac y de todos los grandes autores en materia de lecturas. Y eso no dice poco al respecto.

Otro tema de interés acerca del Quijote es su amplia bibliografía. Mucha de ella se encuentra en línea, pero otras permanecen en bibliotecas específicas por contener información que ya no ha sido reeditada ni que se halla disponible en internet. Pese a ello, cada año se siguen viendo más estudios en torno al autor. Frente a

esa realidad, ¿usted considera que es necesario hacer una investigación exhaustiva para recién poder hacer una crítica literaria sobre esta novela?

Carlos Francisco Monge: Acerca de una obra literaria, nunca hay una última palabra. En verdad, eso está claro. Por supuesto, un mito que hay que eliminar del todo es cuando se cree que las obras nunca serán eternas; en especial, cuando uno está haciendo estudios de Literatura en el espacio académico o universitario. Es erróneo afirmar que no hay obras eternas.

Las obras se leen distinto. El *Quijote* se leyó de una manera en el siglo XVII; se leyó de otra en el XVIII, en el XIX y en el XX. Esto es porque lo que va evolucionando es la percepción que se tiene, tanto de la época como de la historia de la obra y como de nuestra época. Tus abuelos no piensan igual que tú a propósito de tu país. No hablan igual que tú. Todo cambia. No piensan igual. En efecto, con las obras literarias, ocurre exactamente lo mismo. Todos sabemos que Cervantes creía que *Don Quijote de la Mancha* era una novela para parodiar las novelas de caballería, que le parecía entretenida, divertida, etc., mientras que en verdad él no tenía idea de todo lo que la novela estaba conteniendo. Eso les pasa mucho a los autores, a los genios. Incluso, Cervantes creía que su mejor novela no era *Don Quijote de la Mancha*, sino la novela que escribió después, una que se llamaba *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Él murió convencido de que su gran novela era la última que había escrito. Y vea usted que las cosas han cambiado.

Entonces, por una parte, no se lee igual al *Quijote* en los siglos XIX, XX o XXI. Lo mismo pasa con nosotros. No se lee igual la novela. En mi caso, durante mis 15 o 16 años, en mi adolescencia, cuando estaba en el colegio —en Educación Secundaria—, cuando yo leí el *Quijote*, tuve una idea distinta; a mis 23 años, cuando estaba en los cursos de mi Escuela de Filología, tuve otra idea distinta; a los 35 años, distinta; a los 50 años, distinta; etc. Es decir, nosotros también vamos cambiando nuestra manera de leer, porque todos vamos cambiando. Ahora, eso también puede corresponder a ese gran universo que tú has mencionado, que pasa con la crítica literaria efectivamente. Es que son literalmente toneladas de crítica literaria que ha aparecido a propósito del *Quijote*, casi al día siguiente que se imprimió. Y esa bibliografía ha crecido exponencialmente. ¿Por qué razón? En parte, a mí me parece que es porque son obras cimeras. Son obras cumbre. Son obras que lograron capturar aspectos fundamentales de la cultura en el momento en que se estaban escribiendo. Por ejemplo, eso es lo que pasa con Dante. La *Divina comedia* no es un asunto nada más del Infierno y del

Purgatorio o de Dante paseándose por allí. No, eso es superficial. Hay un asunto de fondo y de trasfondo que el buen lector tiene que tratar de entresacar. es donde está el papel del filólogo. Y, por supuesto, en el caso de *Don Quijote*, cuando uno lo lee, los buenos lectores y los lectores expertos siempre van a encontrar algo. Por tanto, es una obra cuyo significado es inagotable, como toda obra literaria de valor. Nunca hay una lectura definitiva. Entonces, eso ha provocado que se siga produciendo más conocimiento a propósito de la novela moderna, de la novela española, de la novela española del siglo XVII, etc.

Otra cosa es cuánto se puede localizar en los medios electrónicos contemporáneos. En efecto, es más difícil que en la red esté documentada toda la bibliografía. Todavía los medios contemporáneos no están en capacidad técnica para reunir todo esto. Probablemente, llegará el momento en que toda la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos se pueda leer, tener acceso a ella y digitalizar. Pero es un trabajo que va a durar muchísimo. Claro, mientras estén los ingenieros de Sistemas —los informáticos—digitalizando todas estas obras, al mismo tiempo, los profesores y los expertos seguirán escribiendo. Entonces, eso sí va a ser muy difícil, excepto para aquellas personas que consideran ese trabajo o esa área como su especialidad. En efecto, los estudios sobre el *Quijote*, así como los estudios sobre Petrarca, Homero, Balzac, Virgilio y los grandes clásicos, van a seguir produciéndose, porque se consideran grandes espacios del saber. Y, por lo tanto, siempre un estudiante o un profesor como nosotros sabremos que hay muchísimo a lo que no podremos tener acceso, a no ser por la vía tan material y convencional; es decir, como el hecho de ir a una biblioteca de estudios hispánicos en Alemania, Harvard o Lima, donde pueden tener los libros y hay que llegar a leerlos, comprarlos, abrirlos, etc. Pero es una tarea titánica, porque, en el último momento que tú hayas leído todo, escribirán algo más al día siguiente. Fíjate que esto ocurre hasta por razones editoriales. Por ejemplo, en España, aparecen 30000 libros nuevos por año. Esto significa que la industria editorial prácticamente es una “catarata” imposible de capturar en su pleno sentido. Y, entonces, el crítico literario o el estudioso de la Literatura va a tener que conformarse con una muestra representativa y, aun así, mínima de aquellas obras que estudian un determinado tema u obra, como es el caso del *Quijote*, a sabiendas de que no va a ser lo único, de que eso apenas es una muestra de algo. De allí, tú lo que sabes es localizar tendencias de lo que se ha escrito, qué es lo que podría faltar, qué no se ha dicho del *Quijote*. Esta última es una pregunta grande, pero sin respuesta; o sea, tú no podrías decir: “Aunque haya siete mil libros sobre el *Quijote* y yo no los lea, lo más seguro es que haya algo que todavía

yo puedo hacer?”. Lo que pasa es que al día siguiente que tú lo has hecho habrá otro compañero tuyo que hará otra cosa nueva. Eso va a suceder. Ese es el fenómeno de la cultura y de la Literatura. Afortunadamente, es un campo inagotable.

A lo largo de la historia, se ha visto que las entidades que otorgan premios literarios, como cuando se entrega el Premio Nobel o el Premio Príncipe de Asturias, han condecorado a personalidades que no se relacionan exactamente con la Literatura; por ejemplo, se le ha brindado el premio a un cantante, un filósofo y un creador de juegos. Frente a ello, ¿cómo aprecia el otorgamiento de estos instintivos literarios a personalidades de otras disciplinas?

Carlos Francisco Monge: Bueno, empezaré por estos dos premios. En primer lugar, lo que te voy a decir es un atrevimiento, pero los grandes escritores por fortuna nunca han escrito para los premios. Lo que pasa es que eso no se puede afirmar. En este momento, la cultura contemporánea es una cultura asociada con la cultura literaria contemporánea. Es una cultura muy sujeta y asociada con lo que se llama la industria-cultura, la industria del libro, la industria librera, la industria editorial. Es un gran emporio. Muchos escritores se han visto tentados, compelidos a entrar en este juego, porque hay mucho dinero de por medio. Entonces, muchos escritores contemporáneos —esos que se denominan los de literatura de éxito, los *best-sellers* e, incluso, gente muy prestigiosa de tu propio país— han entrado en este juego de la industria editorial. Por esa razón, publican todos los años y los contratan para hacer sus obras, sus novelas, etc. Y, con mucha frecuencia, a estas novelas ya les tienen preparado un premio o un reconocimiento, porque hay mucho dinero de por medio. Y, además, los escritores tienen derecho a vivir con comodidad y solvencia financiera. Eso es entendible. Lo que pasa es que eso tiene muy poco que ver con las grandes obras literarias, como las que escribió Cervantes, que nunca recibió un centavo por ellas. Ahora bien, se han creado instituciones que con el tiempo han alcanzado un prestigio inmenso. Desde luego que en el caso de la Literatura y de otras ramas del saber, por supuesto, el premio más prestigioso que existe en el planeta, reconocido por todos —desde la Antártida hasta el desierto del Sahara— es el premio que otorga año tras año la Academia Sueca de Ciencias. Este es el Premio Nobel, y dentro de este se halla el Premio Nobel de Literatura.

Muchos autores han llegado a la convicción de que cuando ya alcanzan el Premio Nobel de Literatura ya no pueden estar más arriba. Entonces, se cree que el Premio Nobel es el que te da a ti la “corona” para ser una persona histórica, como para siempre, como una especie de “santo”, como una persona consagrada en la cultura para siempre. Por lo tanto, tú con el Premio Nobel “en la mano” te conviertes en un equivalente a un compañero de Homero, Horacio, Virgilio, Heródoto, Dante, Petrarca, Tolstói, etc. Eso es lo que ocurre; pero, también, en estas casas, entidades u organismos convergen otros factores. Por esa razón, a veces, el Premio Nobel lo que ha hecho es canonizar nombres. Es decir, a una persona se le da el premio, y ella ya queda consagrada como escritor. Y se ha incurrido en graves desaciertos, como suele suceder: *errare humanum est*. Es decir, se les ha dado el Premio Nobel a escritores menores; incluso, muy menores. En el caso de España, hay dos autores —quizá tres, pero no voy a mencionar al tercero— a quienes se les dio el Premio Nobel de Literatura que son autores menores. Uno de ellos es un autor que era entre novelista y dramaturgo, que se llamó José Echegaray, a quien le dieron el Premio Nobel de Literatura en 1904. Es desafortunado, pero es su propia situación histórica en la crítica literaria. Se trata de un autor que ya no está en ninguna historia literaria que se precie. Y también otro autor y dramaturgo menor al que le dieron el Premio Nobel de Literatura fue Jacinto Benavente, cuyas obras teatrales son unos sainetes de menor importancia.

Y, entonces, cuando tú premias a alguien, lo que ocurre es que estás dejando por fuera a otros. Al escoger a uno, quedan otros por fuera. Eso es exactamente igual —y perdona que te ponga este ejemplo tan didáctico, pero eso ha sido lo que yo siempre hago en mis clases— cuando tú te enteras de cuál ha sido la selección de fútbol del Perú: esa que acaba de jugar estupendamente. Son 22 chicos, pero en Perú no hay 22 futbolistas nada más. Hay 30 000. Por lo tanto, muchos quedan por fuera. Es igual con la Literatura. Eso es, por un lado, es decir, autores buenos y brillantes que han ganado el Premio Nobel; y autores menores, prescindibles, que también lo han ganado; pero, encima de ellos, hay autores grandes a quienes nunca les dieron el Premio Nobel de Literatura. En el caso de Hispanoamérica, tengo en mente que hay grandes autores que pudieron haber ganado el Premio Nobel antes que otros hispanoamericanos, como Borges, Cortázar, Sabato y Carpentier. Y se han premiado a otros hispanoamericanos que no alcanzan los niveles de estos escritores que te menciono. Ese es un aspecto muy importante.

Y lo tercero es cuando la Academia Sueca ha galardonado con el Premio Nobel de Literatura a personas que no tienen que ver con la Literatura. Recuerdo a un filósofo francés que se llamó Henri Bergson, que nunca escribió Literatura, sino libros de filosofía —una filosofía idealista—. Ese es un caso. El otro caso que es el más clamoroso, el más escandaloso, fue el Premio Nobel de Literatura que le dieron a un político inglés en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, al primer ministro de entonces, Winston Churchill. Le dieron el Premio Nobel de Literatura. De dónde sacaron esa ocurrencia los suecos para darle un premio a un político, que lo que hacía era discursos. Nunca en su vida hizo Literatura de creación. Y me parece que el otro autor —pero temo “meter la pata” al mencionarlo—al que le dieron el Premio Nobel indebidamente fue el filósofo Bertrand Russell, un filósofo entre inglés y estadounidense. Todos ellos no son escritores. Por lo tanto, esa es una muestra de que la institucionalidad académica a veces lo que hace es forzar las cosas y crear un canon.

En el caso del Premio Príncipe de Asturias, no lo tengo muy claro. Lo que pasa es que allí hay diferentes ramas, como en cultura, arte, historia y, por supuesto, creación literaria. Entonces, no estoy muy seguro de esto. Y lo otro —hay que decirlo también con todas las letras— es que muchas veces los premios ya están como “amarrados” —tal como decimos aquí en Costa Rica—. Ya se sabe a quién se le va a dar. No es un asunto nada más de justicia de convocar a veinte o treinta candidatos para decir quiénes son, sino que ya hay algunos que están señalados. Ya se les dice. Algunos escritores saben. Ellos advierten: “A mí no me lo dan este año. Me dijeron que por ahí dentro de dos o tres años lo ‘pego’”. Y eso ha ocurrido, porque hay muchas movidas, etc. Y eso también —insisto— ha provocado que muchos grandes autores nunca hayan alcanzado ese premio. Pero, si un escritor comienza a escribir y está pensando desde ahora en el día en que le van a dar el Premio Nobel de Literatura, está perdido. Decimos aquí en Costa Rica: “Está frito”. No hay nada que hacer, porque un escritor que se precie de tal no puede estar pensando en cuántos galardones va a recibir. La Literatura no es un asunto de pedigrí; más bien, esta es lo que seguramente pensaban esos grandes clásicos de los que hemos hablado. Cervantes no creía en ese pedigrí; tal vez, algunos autores de la época, coetáneos a él, sí pensaban un poco en eso: en lucirse como tales; por ejemplo, Lope de Vega. Él hubiera hecho un papel muy interesante en el siglo XX o XXI, a propósito de los premios, los reconocimientos, el glamur, los éxitos de ventas, las entrevistas, las conferencias, el exitismo en último término.

Con respecto a la Literatura de Costa Rica, ¿podría comentarnos sobre los últimos aportes que se están evidenciando en el país?

Carlos Francisco Monge: Empezaré con un asunto que tiene que ver con el canon; es decir, el reconocimiento de la Literatura. Mira, en Hispanoamérica, hay también grandes núcleos culturales que han condicionado el reconocimiento de su Literatura. Y aquí tengo que referirme con afecto y respeto al caso de tu país, Perú. Sin embargo, cuando se trata de la Literatura hispanoamericana, se piensa en cinco grandes núcleos. Uno de ellos es México, que está muy cerca de aquí, al norte de Costa Rica. Los otros grandes núcleos son Argentina, Chile, Perú y Colombia. Entonces, los escritores reconocidos —incluso, galardonados con el Premio Miguel de Cervantes— siempre aparecen de estos países. Tú no ves escritores reconocidos de Bolivia, Ecuador, Venezuela, Puerto Rico, Honduras o Panamá. Por esa razón, ese es un aspecto por el cual un escritor, como el de Costa Rica, tiene que convivir. Y esto no se relaciona necesariamente con la extensión geográfica. En efecto, Costa Rica es un país geográficamente pequeño, pero es del mismo tamaño de Bélgica y de la misma extensión geográfica de Holanda; en cambio, Bélgica y Holanda sí tienen “pedigrí” —por decirlo así—. Por lo tanto, no siempre tiene que ver con la pequeñez de un país. Claro que ayuda mucho que el país sea extenso, porque así hay más posibilidades de que haya más escritores que tengan mejores niveles.

Dicho esto, pues, uno de los rasgos más notables que tú vas a encontrar es, en efecto, que la Literatura de Costa Rica o Guatemala no se conoce mucho, con algunas excepciones. Y esas excepciones siempre tienen que ver con autores individuales. Por ejemplo, Costa Rica limita en su frontera norte con Nicaragua, y en ese país nació un poeta muy importante en Hispanoamérica, que fue Rubén Darío. Y, ahora, hay algunos otros escritores que han tenido cierto reconocimiento, cierta fama, etc. por aquello de la industria editorial. También, en Guatemala, el gran representante de la narrativa hispanoamericana de ese país es Miguel Ángel Asturias, que es un autor que ya falleció hace casi cincuenta años.

Dicho esto, la Literatura de Costa Rica tiene esa gran limitación (esa frontera), en el sentido de que la crítica literaria no le ha reconocido el valor a muchos de sus autores que están perfectamente emparentables con grandes autores hispanoamericanos, pero quedan

como excluidos de la “lotería”. Por ejemplo, si tú comparas a un gran novelista peruano o argentino con un gran novelista paraguayo, costarricense, hondureño o salvadoreño, puedes encontrar que sus obras tienen tanta importancia, tanto valor y tanta calidad literaria como cualquier otra. Pero lo que ocurre es que hay que llamarse Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Octavio Paz o César Vallejo.

Dicho esto, ya como simple opinión, a mí me parece que la Literatura de Costa Rica —sobre todo, de los últimos 50 años— ha tenido un crecimiento muy notable en cuanto a calidad literaria y acceso al mercado editorial; es decir, hay más editoriales, librerías y contacto internacional. Pero esto ocurre también —y esto te toca a ti directamente— porque la Academia ha permitido la formación de estudios más profundos, más serios y más sistemáticos de crítica literaria, porque la Literatura no puede vivir sin la crítica, y viceversa. La crítica no vive sin la Literatura. No es que una apareció después de la otra. Nacen, y al mismo tiempo. Entonces, en Costa Rica antes, yo creo que —como sucede en otros lugares— no había una crítica literaria muy seria. Al principio del siglo XX, era una crítica de elogios: muy laudatoria, muy de quedar bien con los amigos, muy de publicar algunas reseñitas en los periódicos, en fin. Y, por esa razón, eso limitó mucho el desarrollo de su Literatura.

Desde los cuarenta y los cincuenta en Costa Rica, uno ya puede saber y mostrar que hay Literatura muy importante; sobre todo, novelas. Pero creo que —más o menos después de 1970 en adelante, hasta hoy día— nuestra Literatura se ha incrementado cualitativamente mucho; en particular, la novela. En este momento, a mí me parece que la novela costarricense está en unos niveles muy notables de calidad literaria. Y afortunadamente esas novelas o algunos de nuestros escritores han logrado acceder al mercado editorial y al mercado librero hispanoamericano con un poco más de amplitud, a pesar de lo dicho. Sin embargo, muchos de estos escritores dependen de los intereses, de las tendencias o, incluso, de las propuestas de los grandes sellos editoriales. Entonces, ellos de pronto les dicen: “Oye, mira. Necesito que me hagas una novela sobre la pandemia en los barrios pobres de Lima. ¿Y por qué? Porque yo creo que eso tú lo puedes hacer, etc.”. Y, además, ellos saben que eso se va a vender y consumir. Eso es lo que la industria editorial está haciendo en este momento. No creas que esta solo recibe libros, sino que también hace propuestas y negocia con el autor —claro, dentro de ciertos límites honorables—. Yo me imagino que ningún escritor que se precie de tal y que sea honorable va a aceptar que le digan: “Oiga, haga una biografía de

Augusto Pinochet, Hitler o Mussolini, que nos interesa mucho, porque ahora está vigente una tendencia por recuperar la imagen de algunos dictadores que gobernaron en el transcurso de la historia”. No es eso, pero la novela costarricense, que es el género que más se vende en este momento, sí ha alcanzado niveles de reconocimiento con algunos nombres de autores que han sido reconocidos en el exterior.

¿Cómo se ven los aportes la Academia Costarricense de la Lengua para contribuir a la preservación de la Literatura y la lengua del país?

Carlos Francisco Monge: Se supone que todas las Academias de la Lengua en Hispanoamérica y España tienen una misión principal que consiste en proteger y promover el patrimonio lingüístico y el literario de cada país. En efecto, esa es la misión que tiene la Academia Costarricense de la Lengua.

En general, nuestra Academia está compuesta por una variedad de personas; pero que en su mayoría son lingüistas, filólogos, historiadores, etc. Pero casi todos están asociados o relacionados por su campo profesional con la lengua y la Literatura. Entonces, la Academia como institución se ha propuesto a atender esa misión; es decir, lo que nosotros hemos hecho ha sido promover el desarrollo de la Literatura en la medida en que se pueda. Eso se logrará haciendo estudios de Literatura, de historias literarias, de historia de la Literatura de Costa Rica, de Literatura nacional, recopilaciones e investigaciones académicas, que pueden ser sobre obras perdidas, desaparecidas o no reconocidas, artículos, en fin.

Nosotros tenemos un *Boletín* de la Academia Costarricense de la Lengua, así como todas las Academias lo tienen, que se publica semestralmente. Y, en este, hay estudios de lingüística sobre el español de Costa Rica, su Literatura, etc.; pero también hay sobre el otro patrimonio lingüístico del país, que es el de las lenguas precolombinas. En Costa Rica como en el Perú, todavía hay lenguas indígenas que se hablan en pequeñas comunidades. Y, entonces, los lingüistas expertos en la materia están tratando de recuperarlas, rescatarlas o restaurarlas para que se sigan hablando, aunque las poblaciones son tan pequeñas que se teme que estas lenguas vayan a desaparecer, a diferencia del Perú, porque allí hay una cantidad inmensa de hablantes de otras lenguas que no son del castellano.

Por esa razón, nosotros —sobre todo, mis amigos, mis colegas lingüistas— estamos haciendo el trabajo. Y, en el caso nuestro —digo “nuestro” por no decir el mío—, en el caso mío y de otros compañeros de la Academia que estamos dedicados al estudio literario, procuramos esto: mantener esos estudios, así como hacer antologías y congresos. Bueno, antes del confinamiento provocado por la pandemia, se hacían actividades en nuestra sede, en el centro de San José que es nuestra capital, así como mesas redondas, coloquios y encuentros literarios. Eso es lo que nosotros hemos venido haciendo, a sabiendas de que la Academia Costarricense de la Lengua no es una entidad que tiene mucho dinero. Todas las Academias hispanoamericanas son entidades relativamente pequeñas y asociadas con la Real Academia Española. Es muy importante eso. Pero las Academias no dependen de lo que digan los españoles. Todas las Academias son independientes. Son autónomas. Y cada una tiene sus decisiones propias, a propósito de qué hacer y qué plantearse con respecto a la lengua, porque a nosotros con mucha frecuencia nos preguntan: “Bueno, ¿y eso está bien dicho? ¿Y esto se escribe bien? Y esto tal... ¿Ya le preguntaron a la Real Academia?”. Pues no, la Real Academia Española es una Academia de España. Y ellos no nos dictan normas, ni criterios, ni directrices, ni políticas. Cada Academia es independiente. Lo que pasa es que cada Academia está muy interesada en estudiar, en este caso, el español de su propio país, porque uno que estudia eso sabe que hay un español de Chile, otro de Venezuela, otro de Costa Rica o México. Se diferencian: hay muchísimas diferencias.

Entonces, los expertos estudian el español de su país. En nuestra Academia, no estudiamos el español de Honduras —aunque bien podría ser—, sino que procuramos hacer lo nuestro, y que los amigos de Honduras hagan lo suyo y los amigos del Perú igual. En eso consiste. Por eso, yo creo que sí: que la Academia Costarricense —aunque no mucho— ha influido un poquitito en el desarrollo, en el estímulo, en la presencia y —bueno, como lo decíamos hace un rato— en el reconocimiento de la Literatura de Costa Rica —ojalá que en el exterior.

Desde sus estudios que ha realizado de la Literatura hispánica y costarricense, ¿encuentra algún tipo de conexión o influencia de la Literatura española en la de Costa Rica?

Carlos Francisco Monge: Claro, es que hay una parte histórica. Evidentemente, toda la Literatura hispanoamericana tiene las letras peninsulares como fuente principal. Eso está clarísimo. Lo que pasa es que después, ya en el siglo XIX, la Literatura en nuestros países se comienza a desarrollar por su cuenta, y, entonces, ya es más difícil localizar fuentes exactas.

Con respecto a la Literatura de Costa Rica, hemos hecho algunos trabajos en los que se establecen relaciones no solamente de allá para acá, sino también recíprocas entre las literaturas. Y eso es un tema muy interesante, porque las fuentes pueden ser de diferentes tipos. Puede ser influencias a partir de las novelas, los poemas y las obras de teatro, pero también desde el pensamiento, las figuras particulares que tiene el discurso literario, ciertos tópicos, temas, tipo de personajes y géneros literarios que se desarrollan. Y, entonces, sí, por ese mismo objetivo de señalar los rasgos caracterizadores o los orígenes de nuestra Literatura, en nuestro país, hemos procurado estudiar algunos aspectos significativos que uno dice: “Esto tiene que ver con una tradición española”, “esto tiene que ver con unas leyendas”, “esto tiene que ver con una novela” o “esto tiene que ver con ciertos temas”. Todo ello es para ver cómo es que en Costa Rica se han reelaborado o se han localizado, en el sentido de se han rehecho a la interpretación costarricense, etc.; por ejemplo, los cuentos folclóricos, los cuentos infantiles, las leyendas, etc., que pueden tener esto, aparte de que por supuesto—como en Perú— también hubo conquistadores y algunos colonizadores en nuestras tierras. Siendo españoles, escribieron desde nuestros territorios. Y esas obras también pueden ser consideradas Literatura costarricense, peruana o chilena, según el caso. Y eso tiene mucho valor. Pero hay pocos estudios al respecto.

Déjame decirte que, en mi caso, escribí el discurso de ingreso a la Academia Costarricense de la Lengua. Tú sabes que esa es una condición cuando a ti te nombran como académico de la Lengua. Para que te acepten como tal, tienes que presentar un discurso. Es lo que se llama un discurso de ingreso. Este te lo responde alguien, como si fuera una especie de pequeño debate. Y si tú apruebas el discurso, te nombran como miembro numerario. Bueno, pues, el discurso mío—ya hace bastante tiempo: hace quince años— trataba ese asunto que tú has mencionado. Se llama “Andanzas españolas de la poesía costarricense”. Y lo que hice fue hacer una especie de recuento, una crónica de qué relaciones se establecieron

entre los poetas costarricenses con España, los poetas que estuvieron en España, que la conocieron, que vivieron allá, que regresaron o viceversa. Era la crítica literaria costarricense en España, lo que los críticos literarios españoles han dicho de la Literatura de Costa Rica, los libros publicados en Madrid o Barcelona, las visitas y demás. Todo eso fue una investigación muy esclarecedora para mí, porque sí, hay relaciones muy evidentes —no de dependencia— entre unas y otras; por ejemplo, ¿qué han leído los poetas costarricenses de la poesía española (no solamente de la poesía hispanoamericana)? ¿Qué han leído, tanto los antiguos como los contemporáneos? A ver, ¿qué has leído tú de poetas españoles de hoy? Algunos contestarán: “Yo no he leído nada”, “no me interesa”, “yo solo leo de la poesía clásica española” o “sí, yo me leo a muchísimos autores”. Igual ocurre cuando uno pregunta acerca de qué han leído de poesía hispanoamericana. Si tú le preguntas a un poeta costarricense cuánto ha leído o qué ha leído de poetas peruanos del siglo XX, habría que ver cuántos poetas son. Quizá ha leído a uno, que es el clásico, o a veinte, porque tú preguntas eso, y obviamente te hablan de Vallejo. Entonces, tú dirías: “¿Pero tú crees que toda la poesía peruana es César Vallejo?”. Pues no, la poesía peruana son cincuenta o sesenta poetas más que ese autor conocido. Ese fue uno de los temas que también estudié en este discurso que te menciono.

Usted ha publicado poemarios y ensayos, ¿podría comentarnos cómo fue este proceso de escritura y cuál fue su propuesta principal?

Carlos Francisco Monge: Uno siempre tiene que acudir al espacio privado —por decirlo así—. Obviamente, como a centenares de personas a las que se les preguntaría esto, te contestarían: “Bueno, yo estaba aficionado”, “me gustaba la Literatura”, “leía esto y lo otro en mi infancia y mi adolescencia, y luego esto”. Es cierto. Eso te lo podría decir como un tópico, como un lugar común.

Por supuesto, en mi casa, empezó todo. Mi padre era muy buen lector. Yo también comencé a leer mis primeros libritos, y ahí fui encontrando poemas, novelas y tal. Pero donde recién empecé esto, por supuesto, fue en la Educación Secundaria. Afortunadamente, yo tuve dos profesores del Castellano —así se llamaba la materia—, que, además de que eran estu-
pendos pedagogos y profesores, eran poetas. A partir de allí, me fui creando una cierta imagen. Uno quería ser como su maestro. Ellos me prestaban libros; incluso, me los regalaban.

Con ellos, iba armando mi biblioteca, y tal. Esa fue mi etapa proto literaria (la adolescencia). Es después con la vida universitaria cuando ya tomé una decisión. Estudié Letras, conocida como Filología Española —así se llamaba el Departamento de mi universidad—. Y ahí empezó todo mi contacto con la Literatura (la grande): la Literatura clásica, las literaturas españolas, francesas, hispanoamericanas, etc. Cuando ya tienes 21 o 22 años, recién dirás: “Bueno, a mí me gusta esto”. Ese fue el “arranque”. Mi formación en el Departamento de Filología y Lingüística fue para mí fundamental como joven estudiante universitario, así como tú estás. Allí es donde uno se junta con grupos, amigos, compañeros; también, hay peñas literarias, talleres o cafés literarios. Ya comienzan a publicarse poemitas en revistas y los primeros libritos que uno escribe muy pronto y que con los años uno dice: “Yo nunca debí haber publicado este libro”; pero, en fin, el entusiasmo de los 20 años es muy fuerte. Y, después, ya con mi desarrollo como profesional —es decir, cuando yo ya me recibí como filólogo en la Universidad de Costa Rica—, empecé a trabajar en una de las universidades que tú has mencionado.

Aquí en Costa Rica hay cuatro universidades públicas: tres de ellas son de enseñanza general; y una, más técnica. Sin embargo, hay una primera universidad, que es más o menos la equivalente a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que es como la mayor, la más tradicional, etc.; y, luego, otras universidades.

La Universidad de Costa Rica es esa universidad mayor donde yo estudié. Cuando terminé mis estudios allí, se fundó otra universidad estatal, que es esta que tú mencionaste en el currículum, que se llama Universidad Nacional de Costa Rica. Y allí yo empecé a ejercer mi profesión y a publicar libros ya en el campo de la crítica literaria. Entonces, esos son los dos espacios. Desde mis 22 o 23 años, comencé a escribir y a publicar libros de poesía, de los que tú has visto ahí por las fechas. Y, después, hacia mis 32 a 35 años, comencé a publicar libros de ensayo. Esas son las dos grandes y principales áreas de mi quehacer.

Obviamente, los primeros libros míos son inmaduros, un poco torpes y muy movidos por el entusiasmo de publicar. Poco a poco, ya la experiencia, los años, los consejos, etc. A uno lo va haciendo más cuidadoso en qué publica uno ya como libro, así como más exigente en lo que uno pueda hacer también. Y, en cuanto a los ensayos, sí, esa también ha sido una de mis áreas. A mí me gusta mucho el ensayo literario. Me gusta ejercerlo y, por supuesto, leerlo.

Es una tontera que el poeta piense que escribir poesía es lo único por ser producto de lo intuitivo, lo mágico y una serie de lindezas que se dicen mucho en todo lado. Eso es una tontera. El poeta no escribe con el corazón, sino con la inteligencia, porque, sino, comienza a hacer mucha tontera, muchas barrabasadas. Ese tópico de que a mí no me tocan el alma por tal motivo. Y también el otro tópico —que es muy de mi país— que es creer que la Academia perjudica la inspiración y que los académicos son unos señores muy pedantes y que dicen cosas muy raras que nadie entiende, etc. Eso es una falacia del tamaño del Chimborazo.

Entonces, esa ha sido mi carrera: escribir poesía y ensayos, que casi siempre tienen que ver con Literatura hispanoamericana, Literatura de Costa Rica, fenómenos de cultura, temas que tratan sobre la relación entre sociedad y cultura, etc. Eso está en mis artículos, las mesas redondas y los congresos en los que he estado y, desde luego, mis libros.

En este momento —porque vengo de allí—, me tiene muy motivado una publicación de un libro que me pidieron acerca de una evaluación general (un comentario general) sobre la Literatura de Costa Rica, porque se da el caso de que este año en nuestro país se conmemora el bicentenario de la Independencia. Yo no recuerdo en qué año se independizó Perú, pero Centroamérica, toda Centroamérica, que era un solo país, se independizó de España en 1821. Por eso, en estos días, en nuestra región centroamericana, se están haciendo actividades de conmemoración de este bicentenario. Entonces, me pidieron un libro referido a la trayectoria de las Letras de Costa Rica. Eso es lo que tengo más reciente como ensayo. Por supuesto, yo siempre me he sentido muy cómodo al escribir ensayos y, aparte, poesía.

¿Qué proyectos literarios tiene en la actualidad?

Carlos Francisco Monge: Pues yo creo que te lo adelanté hace unos segundos. En realidad, yo no tengo como un plan o una carrera; es decir, no soy de anunciar: “Este año voy a escribir una novela sobre la dictadura y el año entrante, una obrita de teatro”. No, yo creo que la parte creativa —si cabe el término— va saliendo sin plan; en especial, eso nos ocurre a quienes escribimos poesía: no hay un plan preconcebido. Uno puede decir: “Bueno, yo quiero escribir un libro acerca de tal tema, y lo voy a tener listo de aquí a un año y medio”. Ahí sí

depende un poco de mi estado de ánimo, de eso que los románticos antiguamente llamaban la inspiración, pero igual hay una predisposición para escribirlo.

En cuanto a literatura ensayística o estudios en torno a las Letras nacionales, sí, yo en este momento estoy con otros colegas (un grupo de investigación) haciendo un estudio sobre la Literatura humorística y didáctica que se hizo en Centroamérica durante el siglo XIX. Acerca de las Letras del siglo XIX en Hispanoamérica, hay muy pocos estudios. Y, entonces, en mi universidad, tenemos un equipo de investigación que queremos hacer trabajos en torno a ese tema. Y, así, me tienes aquí escribiendo, con la idea de actualizar un poco esa información, de buscar, de explorar datos, de buscar Literatura muy perdida —que era lo que te decía hace unos minutos—, Literatura que se había desaparecido en antologías, en bibliotecas viejas, etc. Y hemos tratado de recuperar mucha poesía centroamericana que no se conocía. Vamos a ver si nos viene bien eso de hacer una antología de poesía centroamericana del siglo XIX, hacer un estudio, en fin. Por ahí, van los proyectos más o menos visibles que yo tengo aquí, pero no solamente en mi caso, sino también otros compañeros que estamos sobre este mismo terreno

En la poesía, eso sí es más azaroso. No estás para saberlo, pero yo tengo aquí en mis gavetas, en mis cajones, mucha poesía inédita, pero todavía no estoy pensando en un libro. Eso va saliendo en su momento.

Consideraciones finales

De esta manera, la entrevista realizada a Carlos Francisco Monge, miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua, concluye.

Agradecimientos

Agradezco a Carlos Francisco Monge, miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua, por haber confiado en este proyecto de transmitir el conocimiento a través de la publicación de su entrevista en el ámbito universitario.

Referencias

Asociación de Academias de la Lengua Española (2026). Carlos Francisco Monge [página web]. Disponible en: <https://www.asale.org/academico/carlos-francisco-monge>

Delgado Del Aguila, J. M. (2021). Entrevista a Carlos Francisco Monge, miembro de la Academia Costarricense de la Lengua [video]. <https://youtu.be/RnbS3FGy70I>